

idénticas bajo las cuales se manifiesta, ¿no es evidente que procede en virtud de una ley determinada? Las ideas religiosas de los incas del Perú y de los emperadores de Méjico, y las ceremonias de sus cortes, eran iguales á las de Europa, iguales á las del Asia. La corriente del pensamiento había sido la misma. Un enjambre de abejas transportado á una tierra lejana construirá su colmena y organizará sus instituciones sociales, del mismo modo que otros enjambres desconocidos, y esto sucede con los enjambres separados de hombres. Tan invariable es esta sucesión de pensamientos y acciones, que hay filósofos que, transportando los ejemplos del pasado presentados por la historia asiática, no vacilarían en sostener la proposición siguiente: «Dado un obispo de Roma y algunos siglos, se obtendrá un papa infalible: dado un papa infalible y algún tiempo más, se obtendrá el lamaísmo, al que hace tanto tiempo ha llegado el Asia.

En cuanto al origen de las cosas corporales y espirituales, la Constitución Dogmática añade un solemne énfasis á sus declaraciones, anatematizando á todos aquellos que sostengan la doctrina de la emanación, ó que crean que la naturaleza visible es sólo manifestación de la esencia divina. En esta tarea han encontrado sus autores grandes trabajos. Tenían que chocar con estas formidables ideas, ya antiguas ó modernas, que en nuestros tiempos se introducen tan enérgicamente en los hombres pensadores. La doctrina de la conservación y correlación de la fuerza conduce, por una consecuencia lógica, á la vetusta teoría oriental de la emanación; la doctrina de la evolución y del desarrollo rechaza la de las creaciones sucesivas. La primera descansa en el principio fundamental de que la cantidad de fuerza en el Universo es invariable; y de que, aunque esta cantidad no puede aumentar ni disminuir, pueden trasmutarse de unas en otras las formas bajo que se expresa. Esta doctrina, sin embargo, no ha recibido todavía una demostración científica completa; pero tan numerosos y convincentes son los argumentos aducidos en su apoyo, que se nos presenta de un modo imponente y casi autoritario. Además, la teoría asiática de la emanación y de la absorción se halla en

armonía con esta grandiosa idea; no sostiene que al ser concebido cada hombre, Dios crea un alma de la nada para él, sino que una porción de la inteligencia divina y universal preexistente es separada, y cuando la vida cesa, vuelve y es absorbida en la fuente general de donde originariamente vino. Los autores de la Constitución prohíben sostener estas ideas bajo pena de condenación eterna.

Del mismo modo tratan la doctrina de la evolución y desarrollo, insistiendo obtusamente en que la Iglesia cree en distintos actos creadores. La doctrina de que cada forma viviente se deriva de alguna anterior, está mucho más adelantada científicamente que la relativa á la fuerza, y con toda probabilidad puede considerarse como establecida, sean lo que quiera las adiciones que últimamente le han sido agregadas.

En su condenación de la Reforma, la Iglesia lleva á la práctica sus ideas de la subordinación de la razón á la fe; á sus ojos, la Reforma es una impía herejía, que conduce á los abismos del panteísmo, del materialismo y del ateísmo, y tiende á derribar los verdaderos cimientos de la sociedad humana. Quiere, por lo tanto, reprimir esos «espíritus inquietos» que, siguiendo á Lutero, sostienen que «todo hombre tiene derecho á interpretar la Escritura por sí mismo». Afirma que es un error malvado conceder á los protestantes iguales derechos políticos que á los católicos, y que cohibirlos y suprimirlos es un deber sagrado; que es abominable permitirles que establezcan instituciones de enseñanza. Gregorio XVI denunció la libertad de conciencia como una locura insana, y la libertad de la prensa como un error pestilente que no puede ser bastante detestado.

Pero ¿cómo es posible reconocer un oráculo infalible é inspirado en el Tíber, cuando se recuerda que una y otra vez ha habido contradicciones entre papas sucesivos, que papas han condenado concilios y concilios han condenado papas; que la Biblia de Sixto V ha admitido tantos errores (cerca de dos mil) que sus propios autores tuvieron que recogerla? ¿Cómo es posible para los hijos de la Iglesia considerar como «errores engañosos» la forma globular de la tierra, su posición como un planeta en el

sistema solar, su rotación sobre el eje y su revolución alrededor del Sol? ¿Cómo pueden negar que hay antípodas y otros mundos además del nuestro? ¿Cómo pueden creer que el mundo fué hecho de la nada en una semana y concluído como lo vemos ahora; cómo, que no ha sufrido cambio y que sus partes han trabajado tan sin conexión como para necesitar incesantes intervenciones?

Cuando se pide hoy á la ciencia que rinda sus convicciones intelectuales, ¿no puede ésta pedir á la Iglesia que recuerde su pasado? La batalla respecto á la figura de la Tierra y la localización del cielo y del infierno, le fué adversa. Afirmó que la tierra era una extensa llanura y que el cielo es un firmamento, el suelo del paraíso, por el cual una y otra vez se han visto ascender algunas personas. Demostrada la forma globular, sin que fuera posible la menor contradicción, por las observaciones astronómicas y por el viaje de Magallanes, sostuvo luego que era el cuerpo central del universo y que todos los demás le estaban subordinados, siendo el principal objeto de las miradas de Dios. Desalojada de esta posición, afirmó luego que no tenía movimiento; que el Sol y las estrellas giraban á su alrededor, como lo vemos diariamente. La invención del anteojo probó que en esto también estaba equivocada. Luego sostuvo que todos los movimientos del sistema solar están regulados por intervención providencial; los *Principios* de Newton demostraron que son debidos á las leyes irresistibles. Afirmó luego que la Tierra y todos los cuerpos celestes fueron creados hace seis mil años y que en seis días se estableció el orden de la naturaleza, introduciéndose todas las tribus de plantas y animales. Obligada por la acumulación de pruebas contrarias, alargó sus días á períodos de duración indefinida, tan sólo, para hallar luego, sin embargo, que hasta este artificio era inaceptable. Las seis épocas, con sus seis creaciones especiales, no pudieron sostenerse más tiempo cuando se descubrió que las especies aparecían lentamente en una época, culminaban en una segunda y gradualmente morían en una tercera; estos saltos de época á época no sólo hubieran exigido creaciones, sino re-creaciones también. Afirmó que había habido un

diluvio que cubrió toda la Tierra, hasta la cresta de las más altas montañas, y que las aguas de esta inundación fueron secadas por un viento. Las ideas exactas respecto á las dimensiones de la atmósfera y del mar y á la acción de la evaporación, prueban cuán insostenible es este aserto. Dijo que los progenitores de la especie humana habían salido perfectos de manos del Criador, tanto en cuerpo como en alma, y que luego habían caído. Ahora considera y estudia la mejor manera de libertarse de las incesantes pruebas que demuestran el estado salvaje del hombre prehistórico:

¿Es, pues, sorprendente que el número de los que tienen en poca estima las opiniones de la Iglesia vaya rápidamente aumentando? ¿Es posible recibir como guía seguro de lo invisible á quien en tan profundos errores cae en lo visible? ¿Cómo puede inspirar confianza en lo moral y espiritual quien tan visiblemente ha errado en lo físico? No es posible apellidar á estos conflictos «vanas sombras, falsos ardidés, ficciones de una mal llamada ciencia, errores que revisten la engañosa apariencia de la verdad», según la Iglesia los estigmatiza. Al contrario, son sólidos testimonios que descansan en bases inatacables, contra las pretensiones eclesiásticas de la infalibilidad, á la que convencen de ignorante y ciega.

Convicto de tantos errores, no intenta el papado dar explicación alguna. Ignora todo el asunto; más todavía, contando con el apoyo eficaz de la audacia, aunque abrumado por estos hechos, proclama su infalibilidad.

Pero no pueden concederse otros derechos al Pontífice que los que le otorgue el tribunal de la razón. No puede pretender la infalibilidad en asuntos religiosos y declinarla en los científicos. La infalibilidad comprende todas las cosas, implica la omnisciencia. Si es buena para la teología, buena debe ser para la ciencia. ¿Cómo es posible coordinar la infalibilidad del Papa con los bien sabidos errores en que ha caído?

¿No es necesario, pues, rechazar la pretensión del papado, de emplear medios coercitivos para conservar sus opiniones; repudiar totalmente la declaración de que «la Inquisición es una necesidad urgente en vista de la incre-

dulidad de la edad actual» y en nombre de la naturaleza humana protestar altamente contra la ferocidad y terrorismo de esta institución? ¿No tiene la conciencia derechos inalienables?

Un abismo infranqueable y que se agranda por momentos, se abre entre el catolicismo y el espíritu de la época. El catolicismo insiste en que la fe ciega es superior á la razón, en que los misterios son mucho más importantes que los hechos. Pretende ser el único intérprete de la naturaleza y que la revelación sea el árbitro supremo del saber; rechaza sin vacilar todas las críticas modernas de las Escrituras y ordena que la Biblia se acepte de acuerdo con las opiniones de los teólogos de Trento; abiertamente confiesa su odio á las instituciones libres y á los sistemas constitucionales, y declara que están en un error condenable los que consideran posible ó deseable la reconciliación del Papa con la civilización moderna.

Pero el espíritu de la época pregunta: ¿debe la inteligencia humana subordinarse á los padres tridentinos ó á los caprichos de los ignorantes que escribieron en los primeros tiempos del catolicismo? No ve mérito en la fe ciega y más bien desconfía de ella. Mira hacia adelante, para que el progreso del cánón popular de credibilidad decida entre el hecho y la ficción. No se considera obligado á creer en fábulas y falsedades que han sido inventadas para fines eclesiásticos. No encuentra argumentos en apoyo de su verdad, pues las tradiciones y leyendas há tiempo que vivieron; en este respecto las fábulas de la Iglesia son muy inferiores á las del paganismo. La longevidad misma de la Iglesia no se debe á una protección ó intervención divina, sino á la habilidad que ha tenido en adaptar su política á las circunstancias que la han rodeado. Si la antigüedad fuese criterio de la autenticidad, las pretensiones del budhismo deberían ser respetadas, pues tiene una superioridad de muchos siglos. No cabe defensa de estas deliberadas falsificaciones de la historia, de esta ocultación de los hechos de que la Iglesia tan frecuentemente ha sacado ventaja. En estas cosas, el fin no justifica los medios.

Venimos, pues, á parar á esta conclusión: que el cristianismo católico y la ciencia son absolutamente incompatibles, según reconocen sus respectivos adeptos; no pueden existir juntos, uno debe ceder ante otra, y la humanidad tiene que elegir, pues no puede conservar ambos.

Mientras que tal vez es éste el desenlace que aguarda al catolicismo, no sólo es posible una reconciliación entre la ciencia y la Reforma, sino que se verificaría fácilmente, si las Iglesias protestantes quisieran observar la máxima de Lutero, establecida en tantos años de guerra, de que todos tienen el derecho de interpretar privadamente las Escrituras: fué el fundamento de la libertad individual. Pero si se permite la interpretación personal del libro de la revelación, ¿cómo puede negarse tratándose del libro de la naturaleza? En los errores que han aparecido, debemos considerar siempre la debilidad de la naturaleza humana. A las generaciones que siguieron inmediatamente á la Reforma puede excusarse que no comprendiesen la completa significación de su principio cardinal y que no lo llevasen á efecto en todas las ocasiones oportunas. Cuando Calvino hizo quemar á Servet, estaba animado, no por los principios de la Reforma, sino por los del catolicismo, de los que no había podido emanciparse completamente. Y puede decirse lo mismo del clero de algunas confesiones influyentes del protestantismo, cuando ha estigmatizado á los investigadores de la naturaleza como á infieles y ateos. Para que el catolicismo se reconcilie con la ciencia hay obstáculos formidables, quizá insuperables, en su camino; para que el protestantismo consiga este gran resultado, no hay ninguno. En el primer caso, hay una cruda y mortal animosidad que vencer; en el otro, puede restablecerse una amistad que malas inteligencias han enfriado.

Pero sean los que fueren los incidentes preparatorios de esta gran crisis intelectual que se aproxima y que debe presenciar inevitablemente el cristianismo, podemos estar seguros de que la separación silenciosa de la fe pública, que de tan ominosa manera caracteriza á la generación presente, encontrará al fin su expresión política. No deja de tener significación que Francia refuerce las ten-

dencias ultramontanas de la población ignorante, promoviendo peregrinaciones, ejecutando milagros y exhibiendo apariciones celestiales. Obligada á ello por su destino, lo hace sonrojándose. No deja de tener significación que Alemania esté resuelta á libertarse del dualismo gubernamental, excluyendo el elemento italiano y llevando á su complemento la Reforma que hace tres siglos dejó sin concluir. Se aproxima el tiempo en que los hombres deben escoger entre la fe tranquila é inmóvil, con sus consuelos de la Edad Media, y la ciencia que incesantemente reparte sus beneficios materiales en el camino de la vida, elevando la suerte del hombre en este mundo y unificando la especie humana. Sus triunfos son sólidos y duraderos. Pero la gloria que el catolicismo puede ganar en un conflicto con las ideas materiales es, cuando más, como la de algunos meteoros celestes que llegan á nuestra atmósfera, transitoria é inútil.

Aunque la afirmación de Guizot de que la iglesia siempre ha estado al lado del despotismo es demasiado cierta, debe recordarse que la conducta que sigue es por necesidad política. Está obligada á ello por el peso de diecinueve siglos. Pero si lo irresistible se indica en su acción, lo inevitable se manifiesta en su vida, pues sucede con el papado lo que con el hombre. Ha pasado por las luchas de la infancia, ha desplegado la energía de la madurez, y completada su obra, tiene que caer ahora en las debilidades é impertinencias de la ancianidad. Su juventud jamás puede volver, y sólo le queda la influencia de sus recuerdos. Así como la Roma pagana derramaba sus últimos resplandores sobre el imperio, tiñendo todos sus pensamientos, así la Roma cristiana lanza sus postreros rayos sobre Europa.

¿Consentirá la civilización moderna en abandonar la carrera de progreso que tanto poder y felicidad le ha dado? ¿Consentirá en desandar lo andado, y volver á la ignorancia semi-bárbara y á la superstición de la Edad Media? ¿Se someterá al arbitrio de un poder que, pretendiendo una autoridad divina, no presenta testimonios adecuados á su puesto; poder que tuvo á Europa estancada por muchos siglos, suprimiendo ferozmente con el hierro

y el fuego toda tentativa de progreso; poder que se funda en una nube de misterios; que se coloca sobre la razón y el sentido común; que en alta voz proclama el odio que siente contra la libertad de pensamiento y de las instituciones civiles; que profesa la idea de reprimir la una y destruir la otra en cuanto encuentre oportunidad; que denuncia como la más perniciosa é insana la opinión de que la libertad de conciencia y de cultos es derecho de todo hombre; que protesta de que el derecho sea proclamado y afirmado por la ley en todo país bien gobernado; que repudia despreciativamente el principio de que la voluntad del pueblo, «manifestada por la opinión pública (como se dice)», ó por otros medios, constituya jurisprudencia; que rehusa á todo hombre el derecho de tener opinión en materias de religión, y sostiene que es simplemente su deber creer lo que le dice la Iglesia y obedecer sus mandatos; que no permite á ningún gobierno temporal definir los derechos y prescribir los límites de la autoridad de la Iglesia; que declara que no sólo induce, sino que obliga á los individuos á la desobediencia; que invade la santidad de la vida privada, haciendo en el confesionario delatores y espías á la esposa, las hijas y los criados del sospechoso; que juzga sin acusador y, por el tormento, busca testigos contra el acusado; que niega á los padres el derecho de educar á sus hijos fuera de la Iglesia é insiste en que á ella sola pertenece la dirección de la vida doméstica y la inspección de los matrimonios y divorcios; que denuncia «la impudencia» de los que presumen subordinar la autoridad de la Iglesia al poder civil ó abogan por la separación de la Iglesia y el Estado; que repudia absolutamente toda tolerancia, y afirma que sólo la religión católica tiene derecho á ser única religión de un país, con exclusión de todo otro culto; que exige que toda ley contraria á sus intereses sea rechazada, y que si no se accede á ello, ordena á todos sus adeptos que la desobedezcan?

Este poder, con la conciencia de que no han de obrarse milagros en su servicio, no vacila en perturbar la sociedad con sus intrigas contra los gobiernos, y trata de conseguir sus fines aliándose con el despotismo.

Pretensiones semejantes indican una revolución contra la civilización moderna, y una intención de destruirla, no importa á qué precio. ¡Para someterse á ellas sin resistencia era preciso que los hombres fuesen esclavos!

¿Y puede alguien dudar del resultado del conflicto próximo? Todo lo que descansa en la ficción y el fraude será derribado; instituciones que organizan imposturas y extienden falsedades, deben mostrar qué razones tienen para existir. La fe tiene que dar cuenta de sí á la razón; los misterios deben dar lugar á los hechos. La religión tiene que abandonar la posición imperiosa y dominadora que por tanto tiempo ha mantenido contra la ciencia. Debe haber absoluta libertad para el pensamiento. Los eclesiásticos aprenderán á conservarse dentro del dominio que han escogido, y dejarán de tiranizar al filósofo, que, convencido de su propia fuerza y de la pureza de sus intenciones, no soportará por más tiempo esta ingerencia. Lo que escribió Esdras en las márgenes del río de los sauces llorones, junto á Babilonia, hace más de veintitres siglos, aún se conserva: «La verdad es eterna, y no perece jamás; vive y vence siempre.»

ÍNDICE ALFABÉTICO

A.

Absorción, doctrina de la—, 103
 Abu-Bekr invade la Siria, 74.
 Agesilao, expedición de—, 5.
 Agustín denuncia á Pelagio, 47;
 examen de sus escritos, 49-53;
 sobre los antípodas, 56.
 Alejandría, fundación de—, 14;
 Museo de—, 15; biblioteca
 de—, 16; toma de, por Amrú,
 80.
 Alejandro invade la Persia, 5;
 su muerte, 13.
 Al-Gazzali, 86-108.
 Algebra inventada por los sa-
 rracenos, 95, 98, 256.
 Alhazen, 99.
 Alianza Evangélica, 296.
 Alma, 102; opinión del Con-
 cilio del Vaticano sobre el—,
 103; naturaleza del—, 107.
 Almagesto, 96.
 Al-Mamun, medición de la Tie-
 rra, 93, 131; sus bibliotecas,
 96; nota sobre —, 97; denun-
 ciado, 120; traduce la «Sin-
 taxis», 134.
 Almanzor en Bagdad, 94.
 Alucinaciones, sus causas reli-
 giosas, 70.
 América, descubrimiento de—,
 137; sus progresos, 241.
 Amrú invade el Egipto, 80;
 consulta al califa sobre la bi-
 blioteca de Alejandría, 88.
 Anatema niceno, 45; del Con-
 cilio del Vaticano, 294.

Andalucía, conquista de—, 82;
 su civilización, 120.
 Anestésicos, 268.
 Animales, ¿son autómatas los?
 —109, 110.
 Anteojo, invención del—, 143.
 Antípodas, San Agustín sobre
 los—, 55.
 Apolonio, obras matemáticas
 de—, 24; reloj de agua de—, 26.
 Aquino, Santo Tomás de—,
 combate el averroísmo, 126.
 Arabes, fatalismo de los—, 90;
 su literatura, 94; su indus-
 tria y agricultura, 99, 100;
 sus inventos y descubrimien-
 tos, 134.
 Arbela, batalla de—, 5.
 Argyll, duque de—, 188, 189.
 Aristarco, 132.
 Aritmética india, 98.
 Arquímedes, 23.
 Arrio, 44; concilios sobre— 173.
 Astronomía babilónica, 11; ára-
 be, 98; progresos de la—195.
 Averroísmo, 105, 117; en Anda-
 lucía, 120; combatido por los
 dominicos, 121, 122; en Eu-
 ropa, 125; en Italia, 127, 177.

B.

Babilonia, 9.
 Bacon, Lord—, 196.
 Bagdad, centro de la ciencia,
 94.
 Bahira convierte á Mahoma,
 67.